

vida, su soledad, constituyen los rasgos más originales de su creación poética. Quedará, pues, su poesía como la expresión de un gran documento humano; yo que la traté muy de cerca, que a veces fui influido por su poesía, no podré jamás definir su obra con exactitud. Entre mi sentido crítico y los atavíos de mi técnica está, tabla de salvación, mi gran cariño por la mujer que se bautizó a sí misma con el nombre de Gabriela Mistral" (p. 24-25).

¿Sin esa "tabla de salvación", que otros críticos acaso no tengan a su alcance, la obra de Gabriela Mistral merecería una revisión más enérgica, que podría disminuirla?

Los 12 capítulos que siguen historiar la amistad de Gabriela Mistral y Torres Rioseco, y en ellos se desarrollan recuerdos de encuentros, de conversaciones sostenidas en México, Brasil y Estados Unidos, al par que se transcriben fragmentos de cartas, notas críticas y dedicatorias.

Desde un punto de vista, el libro que reseñamos muestra algunos aspectos de interés, que iluminan zonas novedosas de la vida de Gabriela Mistral. Desde otro ángulo, servirá también para trazar la biografía del poeta e historiador de la literatura que es Arturo Torres Rioseco.

*Pedro Lastra.*

EFRAÍN BARQUERO: MAULA. Poesías.

Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1962. 74 p.

En la actual promoción de poetas chilenos, la obra de Efraín Barquero delata una lúcida conciencia de responsabilidad en el ejercicio poético.

Desde 1954, con *La piedra del pueblo*, su actitud se ha orientado hacia la búsqueda de una expresión genuina de la realidad social, cuya visión ha ensanchado considerablemente a través de los contenidos de sucesivas publicaciones. *La compañera* (1956), *Enjambre* (1959), *El pan del hombre* (1960), *El regreso* (1961) y *Maula*, su último libro, muestran el proceso de profundización en los temas de esencial realismo que constituyen su base creadora, y la seguridad con que ha alcanzado un modo expresivo, que se caracteriza por la funcionalidad del lenguaje, siempre claro, sobrio y directo. A propósito de sus temas, conviene recordar que, en repetidas ocasiones, Barquero ha formulado su posición frente a la poesía, señalando su interés por la obra lírica que surge del contacto vivo del escritor con las cosas cotidianas.

En el conjunto de la poesía de Barquero, *Maula* representa una indagación aún más entrañada del alma popular chilena. Emplea aquí un verso ágil y gracioso, que sirve a veces de sustento al humor contenido o a la efusión de ternura con que anima a los personajes de sus poemas, todos ellos tomados de la veta criolla que se vierte en la cerámica de Talagante, en las figuras de los recortes de papel de volantín o en las clásicas tortas de novios. En otro sector del libro, estiliza, en trazos breves y chispeantes, variados aspectos del material de canciones y cuentos folklóricos.

No hay duda de que el autor ha asimilado para este trabajo los elementos que le brindaba la tradi-

ción de la literatura picaresca española y chilena, el donaire garcialorquiano y, de un instante estelar de la gran poesía americana, las *Jugarretas* de Gabriela Mistral.

No es azarosa la unidad que se advierte en todas las manifestaciones del ingenio y del arte populares que sirven de fundamento a los poemas de *Maula*. Atender a esa unidad de intención es para Barquero una tarea que le permite recoger las vibraciones más auténticas del espíritu de su pueblo. Los atributos de alegría y fina sátira de usos y costumbres nacionales, que presenta en este momento de su obra, conforman una fisonomía nueva de Chile, cuyo risueño colorido se ha logrado plenamente.

Pedro Lastra:

DANIEL DE LA VEGA: CONFESIONES IMPERDONABLES.

Santiago de Chile, Zig-Zag, 1962. 226 p.

En más de cincuenta años de labor ininterrumpida, Daniel de la Vega ha cultivado casi todos los géneros literarios. Se inició como escritor en 1911, con el libro de poemas titulado *Al calor del terruño*, y entre aquella publicación y las *Confesiones imperdonables*, aparecidas en 1962, los volúmenes de que es autor alcanzan a un número cercano a los cuarenta.

Con méritos dispares, figura en el panorama nacional como dramaturgo, poeta, cuentista, novelista y, por sobre todo, como representante de un género que ha elevado, entre nosotros, a una verdadera categoría artística: la crónica.

En este terreno, Daniel de la Vega ha conquistado sin discusión sus mejores éxitos, rubricados con el Premio Nacional de Periodismo que le fue concedido en 1962, nueve años después de haber obtenido el Premio Nacional de Literatura.

Las treinta y cuatro crónicas contenidas en *Confesiones imperdonables* cuentan, sin duda, entre las más logradas realizaciones del autor en el género de su preferencia. En ellas se unen, en síntesis feliz, la amenidad del narrador y el tono evocativo y nostálgico del poeta, creando una atmósfera sugerente, tamizada de humor fino, muy cercana a un escepticismo que no llega a la amargura y que suele derivar hacia la tierna o emocionada contemplación de la vida cotidiana.

La naturalidad y el equilibrio expresivos de este escritor, le permiten bordear hábilmente las situaciones extremas de humor abierto o de tristeza declarada y mantenerse en una zona de contención formal, que contribuye a la eficacia comunicativa y es uno de los importantes factores de su obra.

Entre los temas nacionales tratados por Daniel de la Vega en sus *Confesiones imperdonables*, sobresalen aquellos que se refieren a los azares de la vida bohemia de principios de siglo, en Santiago y Valparaíso. Pasan por estas páginas, en regocijada o melancólica actitud, escritores como Juan Manuel Rodríguez, Carlos Pezoa Véliz, Víctor Domingo Silva; gente de teatro, como el actor Evaristo Lillo, y periodistas cuyo recuerdo el autor rescata aquí con simpatía viva y nostálgica a la vez.

*El muñeco de trapo*, una de las estampas más emotivas que el autor traza sobre el ambiente teatral, revela la extraordinaria maestría que ha conseguido en largos y fecundos años de ejercicio literario. La frecuentación que tuvo con aquel medio lo convierte, sin lugar a dudas, en el mejor cronista de su proceso durante las primeras décadas del siglo xx.

Otro sector que nos parece de gran interés en este libro es el de la evocación histórica, aspecto en el que De la Vega logra aciertos memorables. En esta breve reseña, no podríamos dejar de consignar las páginas tituladas *Autor de la Canción Nacional*, *Infancia de Bernardo O'Higgins*, *Vida de estudiante* (también sobre O'Higgins), y *La cita del 4 de septiembre*, que narra un inquietante episodio de la vida de don José Miguel Carrera.

En *Mi hermano Augusto*, se da una nota autobiográfica, íntima y dolorosa, que asume casi el carácter de confesión de una cruel experiencia de la infancia.

Ante este libro de Daniel de la Vega, recordamos la observación que considera la crónica como forma menor, y hemos pensado que la pequeñez o grandeza de un género no depende de los límites que puedan atribuírsele, sino del grado de perfección que alcance el ejecutante en su elaboración. ¿Cómo, olvidar que la literatura chilena del siglo xx puede ostentar dos nombres, por lo menos, que han llevado esta modalidad literaria a un nivel muy alto, que los consagra entre los más genuinos valores nacionales? La obra de Joaquín Edwards Bello y Daniel de la Vega, cada uno en su plano, desde luego, puede servir para meditar en este problema.

Pedro Lastra.

